

Los 'San Marquitos': Culto vigente en el Museo Xipe Tótec de Guerrero

Samuel L. Villela F.*

A mediados de los años setenta, durante las excavaciones arqueológicas previas a la construcción de una escuela en el antiguo atrio de la parroquia de San Nicolás Zoyatlán, municipio de Xalpatláhuac, Guerrero, se encontró una veintena de ídolos de tradición ñuiñe.¹ Con el hallazgo hubo una deliberación en el pueblo, pues se le consideró "un milagro". Los principales acordaron, en consonancia con la religión y cosmovisión de los grupos étnicos de la región, que los ídolos fueran llevados a la iglesia, ya que, en tanto entidades sagradas, comparten y disputan atributos con las cristianas. Los ídolos permanecieron ahí un buen tiempo, recibiendo ofrendas de velas y flores. Afortunadamente, a contrapelo de un cura anterior, el párroco de aquel entonces no objetó la decisión comunal.

En 1990, cuando el arqueólogo Felipe Rodríguez B. dirigía el Centro INAH Guerrero, la comunidad solicitó asesoría para la creación de un museo comunitario, para lo cual se habilitó un local de sus viveros, donde albergaron a los llamados *San Marquitos*. Infortunadamente, ese local no tenía la seguridad adecuada, lo cual fue aprovechado por una persona de la localidad que, entrada en codicia, en julio de 1991 robó algunos para venderlos en Chilpancingo. No lo

consiguió, debido a que los posibles compradores los creyeron falsos, y entonces los ídolos permanecieron ocultos en la población vecina de Chichihualco.

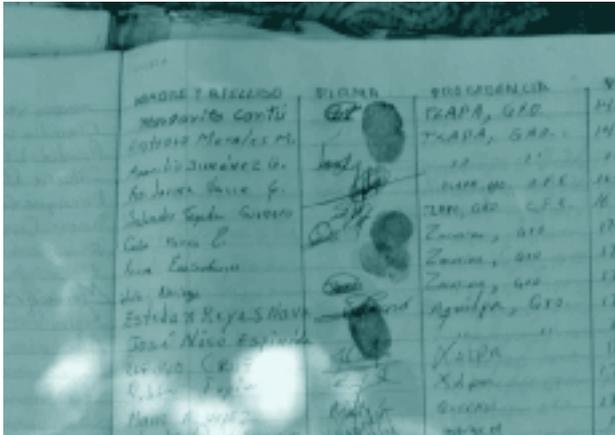
Al percatarse del hurto, la comunidad echó mano de sus recursos adivinatorios y acudió con "brujos" para atrapar al ladrón. Tras varios intentos fallidos, se celebró una misa para solicitar al santo patrón la localización de los idolitos. La gente decía:

—¡Quien no vaya a la misa, ése será el ladrón!

Y efectivamente, por esos mecanismos insondables de la eficacia simbólica, el ladrón no fue a misa, lo cual le valió para ser identificado y obligado a devolver las piezas.

Después de algunos pormenores judiciales, ya con el arqueólogo Rubén Manzanilla en la dirección del Centro INAH, las piezas regresaron a la comunidad el 12 de noviembre del mismo año, que motivó que la gente pugnara por la edificación de un local más adecuado para evitar un suceso parecido.

Ahora, en el actual local del Museo Comunitario Xipe Tótec de Zoyatlán, inaugurado el 18 de diciembre de 1997, los ídolos son objeto de culto de acuerdo con los rituales agrícolas de la región.



Registro de visitantes **Fotografías** Samuel Villela



Fachada del Museo Xipe Tótec

EL CULTO A SAN MARCOS EN LA MONTAÑA DE GUERRERO

Mediante la resemantización del mito mesoamericano, san Marcos Evangelista es una de las principales entidades sagradas entre los grupos étnicos de la montaña de Guerrero, pues entregó el maíz a los campesinos. De sus atributos cristianos poco trasciende para la cosmogonía indígena, y sólo interesan los rasgos que lo vinculen con el trabajo agrícola: porta su bule, una mazorca, una calabaza –según la imagen de la parroquia de Coachimalco– y es acompañado por un felino que, reconvertido simbólicamente, pasa a ser el tigre-*tecuaní* emanado del jaguar prehispánico. La vinculación de éste con la fertilidad de la naturaleza y las potencias genésicas de la tierra devienen de la tradición olmeca en Guerrero.

En otra de sus expresiones –la dualidad–, san Marcos se manifiesta como *San Marquitos* en forma de ídolos prehispánicos de corte antropomorfo –sobre todo de tradición ñuiñe– y de esferas de piedra que también representan a las gotas de lluvia, así como en lajas y piedras que han recibido la caída del rayo. Estas variedades reciben culto en las trojes, en los altares domésticos, en las cuevas y en la cima de los cerros, adonde se llevan a cabo las peticiones de lluvia, ¡y en el museo de Zoyatlán!

Como la principal potencia agrícola, san Marcos controla las lluvias, el temporal, la fertilidad de la tierra. Para obtener sus dones es objeto de culto, y los campesinos de la Mixteca nahua tlapaneca –como también se conoce a esa región interétnica– le rezan, le piden y le presentan ofrendas. Por ello, los *San Marquitos* de Zoyatlán siguen representando a esa entidad sagrada y son objeto de culto en el propio museo.

CICLO RITUAL EN ZOYATLÁN

Acorde con la cosmogonía de la región, en Zoyatlán se practica un ritual agrícola con rasgos comunes en muchas localidades. Una de sus peculiaridades, compartida con Xalpatláhuac, su cabecera municipal, es realizar un ciclo ritual que comprende un círculo de cerros alrededor de la comunidad. Desde abril –con el inicio de la temporada de aguas y el fin de la de seca– hasta septiembre, el primer día del



Ofrendas a los *San Marquitos*

mes se realiza cada fase del ciclo ritual en la cima de uno de esos cerros, que termina el 1º de octubre en el museo comunitario. Hasta ahí llegan el *tlahmáquetl* del poblado –sabio o sacerdote nativo que pide la lluvia–, el mayordomo de la fiesta, gente de la comunidad, hermandades de las comunidades vecinas y –en el evento del año pasado– los ritualistas de Xalpatláhuac, con quienes se acordó llevar a cabo allí el cierre del ciclo para ambas comunidades.

La parafernalia ceremonial comprende los actos rituales a lo largo del ciclo o en parte del mismo: la presentación de ofrendas colectivas e individuales, el sacrificio de animales, plegarias, danzas rituales, así como una comida comunal. Los *San Marquitos* son ceñidos con cadenas de flor de cempasúchil –siguiendo una pauta festiva tradicional en el estado de Guerrero–, mientras que los ritualistas utilizan coronas de ahuehuete, cuyo simbolismo se vincula con la humedad y el agua en que se desarrolla este árbol. Al pie de las bases donde se exhiben los ídolos, se colocan flores, velas, panes, tazas con chocolate y platos con guiso de carne con chile. Se les sahuma, se les reza y de igual manera se les agradecen los dones para la obtención de una buena cosecha.

Los *San Marquitos* son los actores centrales de los ritos de aseguramiento por la fertilidad, ya que aún fungen como deidades agrícolas y constituyen la expresión de una resistencia cultural que ha permitido la continuidad de prácticas de matriz mesoamericana dentro de una religiosidad *sui generis*, en el contexto de una "alta marginalidad" económica y social.

RELIGIOSIDAD Y COSMOGONÍA

Las prácticas ancestrales de los nahuas de San Nicolás Zoyatlán persisten en su museo comunitario, donde los *San Marquitos* no son meros objetos arqueológicos, sino la viva representación de sus principales deidades agrícolas, cuyo culto forma parte de sus prácticas religiosas.

Durante la fiesta del año pasado, me interesé por ver el cuaderno de visitas, donde el comisionado del museo, el profesor Hermógenes Reyes, lleva un registro cuidadoso de los asistentes. De entrada, pensé que éste sería raquítrico, considerando que el acceso a Zoyatlán no está al pie de una carretera, sino por una brecha –trece kilómetros desde el entronque a Tlapa–, no tan difícil de completar como en



El museo durante la fiesta anual

otras comunidades de la montaña pero tampoco fácil, pues hay pocas corridas de taxis colectivos a la ciudad más cercana. Mi sorpresa fue mayúscula al ver la cantidad de gente de los pueblos aledaños que visita el museo. Incluso han empezado a llegar visitantes desde la ciudad de México y Acapulco. Inmediatamente surgió la interrogante: ¿a qué se debe la afluencia a un modesto museo que presenta carencias materiales y museográficas para una adecuada exhibición del acervo? La respuesta está en la presencia de los *San Marquitos*, en los cuales se resguardó –siguiendo a Gruzinski–, durante el proceso dominical, una parte medular de la religiosidad y cosmogonía indígenas. De ahí que los pueblos circunvecinos reflejen sus propias creencias y reafirmen su identidad en esos ídolos y su culto.

Cabe destacar las acciones emprendidas por el Centro INAH Guerrero para dar apoyo técnico y material al museo, a efecto de proveerlo de cedulaario, bases, capelos y demás implementos que permitan una exhibición decorosa y segura de un patrimonio cultural² que, a no dudarlo, constituye una expresión natural de religiosidad montañera y un caso singular de los museos en México ☘

* Etnólogo, CENTRO INAH GUERRERO

Notas

¹ La tradición arqueológica ñuiñe, que se extendió por parte de Tlaxcala, la Mixteca poblana y oaxaqueña y la montaña de Guerrero, se conforma por vasijas anaranjado delgado, un sistema glífico propio, cabezas de piedra en miniatura y vasijas para contener líquidos clasificadas como "cabecitas colosales". Entre estas últimas hay "cabezas antropomorfas (algunas con cuello y tronco) hechas en placas pétreas al altorrelieve que miden entre veinte y cuarenta centímetros". Otras características son que la "cabeza termina en un pico o gorro (como el que tiene Xipe Tótec o Ehécatl en códices). Las líneas de sus ojos, nariz y boca son abultadas, los trazos de las cejas y nariz están unidos" (Francisco Rivas, Laura Castañeda y S. Villela, "Ñuiñe: tradición arqueológica y continuidad etnográfica", inédito, págs. 6-7).

² Invitamos a las personas e instituciones interesadas en conformar la Asociación de Amigos del Museo de San Nicolás Zoyatán, Guerrero, a que se pongan en contacto con el autor: villela_s@hotmail.com.